

LARRA, MARIANO JOSÉ DE (1809 – 1837)

EL CONDE FERNÁN GONZÁLEZ

(Y la exención de Castilla)

PERSONAS

FERNÁN GONZÁLEZ, Conde de Castilla
DOÑA SANCHA, su mujer
DON SANCHO EL GORDO, rey de León y Oviedo
DOÑA TERESA SANCHA, su madre
EL CONDE DON NUÑO ANSÚREZ, privado del rey
DON GONZALO DÍAZ, privado de Fernán González
DON OSORIO, conde de Monzón
SISEBUTO, secretario de Fernán González
DON DIEGO LAINEZ, rico-hombre de Castilla
DON NUÑO LAINEZ, rico-hombre de Castilla
El Alcaide de la torre de León
Un heraldo
Ricos-hombres de Castilla
Ricos-hombres de León y Oviedo
Soldados castellanos
Soldados de León
Un criado de Palacio
Pueblo de León

La escena es en León, corte del Rey Don Sancho.

ACTO I

El teatro representa el palacio del Rey, unido al monasterio de San Salvador. A la derecha, una puerta; a la izquierda la entrada al monasterio y en el fondo salida a la calle.

Escena I

DON NUÑO ANSÚREZ, EL CONDE DE MONZÓN.

NUÑO

Grande imagino, buen conde,
que debe de ser el gozo
del rey don Sancho, mi amo,
por no esperaros tan pronto
en su corte de León.

MONZÓN

Nunca me halló perezoso
ni su espada en las batallas
ni su cetro al pie del trono.
¿Y sabéis, don Nuño Ansúrez,
qué nuevo azar de los moros,
qué necesidad del reino
nos llama, cuando hace poco
que a otras Cortes convocados
fuimos ya?

NUÑO

Conde, lo ignoro.
Sólo entendí por señales
de su mal velado rostro
que han de ser feliz presagio
para sus vasallos todos.
¡Gran día para sus reinos!
Con impaciencia, entre otros,
es esperado en las Cortes
ese rayo contra el moro,
el conde Fernán González,
cuyo brazo poderoso
si es dique de Abderramén,
escudo es del cetro godo.

MONZÓN

Mucho al conde se le debe
y a su pecho generoso,
que si es Marte en la campaña
sabe templar los enojos
de la guerra en las virtudes
de su noble pecho adorno.
De los grandes el más grande,
más bueno que poderoso,
afrenta de los cobardes,
de los valientes desdoro.

NUÑO

El rey sale; podéis verle,
que ahora pasa a su oratorio
a su rezo.

Escena II

Dichos, el rey DON SANCHO.

MONZÓN

Gran señor,
pues que tanta dicha gozo
de vuestra Alteza los pies...

REY.

Alzad, conde de Monzón;
no esperaba yo en León,
pues que tan anciano es,
veros hoy, y pronto os hallo
a acreditar vuestra ley.

MONZÓN

Para servir a su rey
nunca es viejo el buen vasallo.
Que quien con gran diligencia
dio su sangre en campos rasos,
puede andar algunos pasos
a dar muestra de obediencia.

REY

Bien conozco vuestra fe
y vuestro esfuerzo, buen conde,
y así ella sola os responde
que siempre os estimaré.
Decid, vos, ¿qué respondieron
los demás grandes, don Nuño,
a las cartas de mi puño?
¿A esta hora, cuántos vinieron?

NUÑO

Ya los más, señor, llegaron.
El de Astorga, el de Palencia,
hicieron gran diligencia;
puesto que rivalizaron

el de Nájera, el de Arlanza,
el de Abelda, el de Viguera,
y el de Osma, y el de Junquera,
el del Vierzo, el de Berganza,
el de Lugo, el de Viseo,
el de Prusios y Zamora...
estos condes sin demora,
dando espuelas al deseo
de servir a vuestra Alteza,
su gran lealtad acreditan
y la audiencia solicitan.

REY

Gran gozo de su presteza
recibo y podréis decirlos
que en finando la oración,
del palacio en el salón
saldré luego a recibirlos.
Y mucho me maravilla
que hoy ande tan perezoso
quien estoy más deseoso
de que llegue: el de Castilla.
Ya Fernán González tarda.

MONZÓN

No es mucho; acaso en sus lazos
le tienen los tiernos brazos
de su esposa, que le guarda.

REY

Mucho fuera anteponer
a tan gran necesidad
el amor a la lealtad
y la afición al deber.
El mejor amigo mío
siempre fue, Monzón, el conde;
por él su lealtad responde:
mucho en su consejo fío.
Y tanto quiero obligarlo
que aunque me dio con amor
su buen caballo y su azor,
nunca yo quise aceptarlo.
Sobre tomarlo pagado,
aun quise que cada día.
Que en pagarlo tardaría
fuese su precio doblado.

¿Hay más, Nuño?

NUÑO

Señor, ésta
del obispo de León
don Velasco; en su misión,
a vuestra Alteza contesta
que el rey de Córdoba insiste
en que el mártir no se ceda,
San Pelagio, que allí queda,
cuyo cuerpo le pediste.

REY

¿Eso dice Abderramén?

NUÑO

Así la carta lo reza.

REY

¡Ocasión de gran tristeza!
Mas quejarme no está bien.
Mal sentirme de él podría
que con ser yo su enemigo,
como cristiano, él conmigo
usó de cortesanía,
cuando le pedí licencia
de buscar en sus estados
sus médicos afamados,
y curarme la dolencia
por la que don Sancho el Gordo
me apellidaron los míos,
quitándome el reino impíos;
y él a sus intrigas sordo,
aunque moro, caballero,
me dio en Córdoba hospedaje,
sin exigir vasallaje,
donde con saber certero
un médico me sanó
con raras hierbas, y cuando
cobré el trono peleando,
con su poder me ayudó.
Acaso con más bondad
ese cuerpo deseado
que hoy le niega a mi enviado
otorgue otra vez: entrad. (A Monzón.)

Escena III

Dichos, criado de palacio y después SISEBUTO.

CRIADO

Gran señor, un enviado
del de Castilla aquí llega.

SISEBUTO

Gran rey, que bese humildoso
tus augustas plantas deja.
Mi amo y señor, el gran conde
de Castilla, que en la vega
inmediata, con sus grandes
y otros condes suyos queda,
a solicitar me envía
para entrar en León venía.

REY

Decid al conde que en mucho
precia el rey su diligencia,
y que bien puede en mi corte
llegar a entrar cuando quiera.
(Vase Sisebuto.)

Escena IV

REY, CONDE DE MONZÓN, DON NUÑO.

REY

(A don Nuño.) Y vos, puesto qué los grandes
y obispos con tal presteza
llegaron, podréis decirles
que las Cortes se comienzan.
Que los grandes alborotes
que en Galicia se despiertan
de que es causa don Gonzalo,
que así tan mal mis finezas
paga; y los disturbios todos
que aun en mis provincias nuevas
de Vizcaya se suscitan
sostenidos por don Vela;

y el moro enemigo fiero
ya de León a las puertas,
llaman nuestra vigilancia
sobre nuestro estado. Es fuerza
que los obispos con celo
a la religión atiendan
también, porque ningún reino
se gobierna bien sin ella,
que sólo a su rey acata
quien a Dios teme y respeta.
Y dad orden, Nuño, presto,
que antes que la noche venga
el mejor de mis caballos
se aderece, que, pues llega
hoy el gran Fernán González,
le quiero dar una muestra
de cuánto le estimo y quiero,
igualándole a mi alteza,
con salir a recibirlo.
En más su heroica braveza,
en más su invencible brazo
León y Castilla precia,
contra el feroz Almanzor
que a la cristiandad aqueja,
que cien escuadras unidas,
que cien mil huestes guerreras
harto bien en Piedra-Hita
tan grande verdad se muestra
cuando el conde solamente
con unos ciento y cincuenta
infantes, y cuatrocientos
caballos, allí a sesenta
mil moros, que armó Almanzor,
y la gente de don Vela,
rompió en desigual combate
haciendo en ellos horrenda
carnicería. ¿Y quién sabe,
si por su brazo no fuera,
si de nuevo hasta Gijón,
como en otro tiempo, hubiera
cien mil veces penetrado
el moro? Y en fin, su fuerza,
su grande virtud me imponen
que por mi amigo le tenga,
que sólo a los pechos nobles
los nobles pechos aprecian.

Escena V

DON NUÑO.

¿Qué pretenderá de mí
diciendo doña Teresa
que aquí la esperase cuando
entrase el rey en la iglesia?
Mucho será que no salgan
mis sospechas verdaderas.
Ella al conde de Castilla
le juró venganza eterna:
mas ya viene.

Escena VI

DOÑA TERESA, DON NUÑO.

NUÑO

Gran señora,
don Nuño tus plantas besa.

TERESA

Levantaos. ¿Al oratorio
mi hijo entró?

NUÑO

Ya entró su Alteza.

TERESA

Decid que aquí no entre nadie,
que a vos sólo hablar desea
mi cuidado.

NUÑO

Así será
como manda tu grandeza.

TERESA

¿Sabéis, don Nuño,
que en mis venas corre
la ilustre sangre de don Sancho Abarca?

¿Sabéis que en el palacio de sus reyes
vi la luz, en Pamplona de Navarra?
¿Que su fausto dejé cuando mi lecho
vine a partir con el que fue en Simancas
vencedor, y que en ello don Ramiro
más de mi padre con la ilustre alianza
ganó también que si vencido hubiera
al fuerte Abderramén en cien batallas?

NUÑO

No ignoro, gran señora, que este enlace
su corona, ya débil, afianzaba
mucho en León.

TERESA

Don Nuño, y a mi padre,
a don Sancho, ¿sabéis quién le matara?

NUÑO

Sé que le dio la muerte en lid sangrienta,
con sólo un bote de su fuerte lanza,
el conde Hernán González de Castilla,
el herido quedando, allá en Gollanda.
¿Quién pudiera ignorarlo?

TERESA

¿Y sabéis, Nuño,
que su sangre vertida sin venganza,
viviendo su hija con oprobio y mengua,
venganza al cielo, inexorable clama?

NUÑO

Sé que más justo el conde en la pelea
con el favor del cielo hubo ventaja.

TERESA

No tanto os pregunté. Justo o no justo,
yo, conde, ha tiempo que debí vengarla.
Sí; desde entonces, Nuño, ¡cuántas veces
votos al cielo por su muerte alzara!
Nunca, ni un día, ni una hora, un punto
yo dejé con ardor de desearla.
Su perdición juré; si juzga alguno
que ya en mi pecho de vengarse el ansia
pudo extinguirse con el tiempo acaso,
pudo nunca mirarse amortiguada,

¡Oh, cuál mi fiera condición ignora!
Romper su corazón, ver sus entrañas
allí en su sangre palpitando, rotas,
humeantes aún; y a su alabanza
un término poner, esa, don Nuño,
oídllo ya, si lo ignoráis, el ansia
fue que yo tuve. Le aborrezco, le odio,
y aun odio más que a él a doña Sancha.
Sabedlo, en fin. Si su poder divide
hoy en Castilla con mi propia hermana,
sola la causa fui: y el rey García,
nunca pensó mi hermano, el de Navarra,
que así pudiera con oprobio suyo
dar a Fernán González doña Sancha
su mano, si antes por mi voz no oyera
que era tan sólo de matarle trama.
Yo así la urdí, yo...

NUÑO
¿Vos?

TERESA
Yo.

NUÑO
¿Vos, señora?

TERESA
Yo imaginé que solo, sin sus armas,
entre la alegre pompa de Himeneo,
pues que intentar vencerle en las batallas
inútil fue mil veces, fácil fuera
vengar la muerte de don Sancho Abarca.
Yo la boda tracé; ¿quién pensaría
que el éxito engañase a mi esperanza?
Cuando preso en Pamplona, entre cadenas,
la víctima miré junto a las aras,
viele mi hermana, y en su amor ardiendo
traidora le salvó. ¡Cielos! ¡qué rabia!
¡Oh, cuántas veces al amor maldije,
y maldije con él a doña Sancha!

NUÑO
¿Y qué intentáis? ¿Acaso también ahora
cuando a estas Cortes la nación le llama
habéis pensado?...

TERESA

Asegurar el golpe
pienso, en esta ocasión, de mi venganza.

NUÑO

¿De qué suerte?

TERESA

¿Me debes obligaciones?

NUÑO

Yo cuanto soy os debo.

TERESA

¿Y recordarlas
necesito a don Nuño?

NUÑO

Gran señora,
las tiene aquí don Nuño bien grabadas.

TERESA

¿Lo que puedo en la corte yo ensalzarle
sabe?

NUÑO

Lo sé.

TERESA

¿Y el mal que, si faltara
a lo que espero de él, hacerle puedo
sabe también?

NUÑO

Lo sé.

TERESA

Dame palabra.
¿Puedo contar con él?

NUÑO

Aquesa duda
de vuestra boca mi lealtad agravia.

TERESA

Pues oye. Hoy mismo sin su gente debe
llegar Fernán González a este alcázar.
¿Tienes, Nuño, valor?

NUÑO

¿Cuál es tu intento?

TERESA

Tengo, su perdición asegurada.
El rey mi hijo don Sancho ha de prenderle
Pues yo le he de probar que arma asechanzas.
Toma: entre grillos, humillado, ociosa
para su gran valor su fuerte espada,
yo te le entrego: si las honras quieres
conservar por mi influjo antes logradas,
si otras mayores conseguir deseas,
el corazón del pérfido traspasa.

NUÑO

Guardad, reina, guardad vuestros honores
para otra alma más vil y mercenaria.
¡Corrido estoy, por Dios! Sí, los desprecio
si he de comprarlos con mi propia infamia.
¿Quién fue el osado que os mintió que Nuño
pudiera nunca con cobarde traza,
cual ratero ladrón, borrón tan grande
echar sobre su honor, tan torpe mancha?
¿Cuándo me visteis con puñal aleve,
como asesino vil, en la emboscada
su víctima acechar? ¿En qué combate
visteis a Nuño huir? ¿Cuál en mi cara
brilla señal de la traición infame?
¡Oh! si pudo algún tiempo dar entrada
a tan torpes indicios, ved mi pecho,
tomad, señora, mi luciente espada.
Si en tantas veces como el campo moro
bañó en sangre enemiga por la patria,
no alcanzó a dar a su infelice dueño
mayor blasón, ni más ilustre fama,
dad otro empleo a su tajante filo,
o bien mi pecho traspasad... ¿qué aguardas?
Aun dentro alienta en este pecho un noble
corazón español.

TERESA

¿Y aquesto aguanta

quien tanto puede? Huid de mi presencia.
Yo enfrenaré, don Nuño, vuestra audacia.
¿Sois vos el caballero? ¿Sois el firme?
¿Sois vos aquel que la ocasión demanda
de perecer por mí, y aquel que tanto
su fe hasta el cielo y su lealtad levanta?
¡Ah! mal que os pese morirá ese conde
y vos con él. Huid. ¿Así se paga
quien tanto hizo por vos? Cuando mi padre
os armó caballero allá en Navarra
ante los grandes de su reino todos,
yo misma, ¡necia! ¿no os ceñí la espada?
¿Este el pago será de tanta deuda?
¿Es esto gratitud? ¡Cuán mal vuestra alma
su bajo temple esconde! ¿Qué? ¿aun atado
el gran Fernán González os espanta?
¿Tan grande es su poder? ¿Queréis acaso
que envuelto ya os le den en la mortaja
para matarle? Pues veréis mi brazo:
a una débil mujer más alentada
para el riesgo veréis: nada su esfuerzo
le impone a mi valor.

NUÑO

Basta ya, basta.
Mandadme luego que en su tienda busque
allí en el centro de su tropa armada
al feroz Almanzor; que su cabeza
sobre la punta de mi fuerte lanza
yo ponga a vuestros pies; que la corona
luego a León de Abderramén os traiga;
vereísme al punto más feroz que nunca
romper su hueste, en su cerrada escuadra
bañarme en polvo y en la sangre mora,
nuevo Pelayo, y sobre rotas armas,
y cotas y paveses penetrando,
débil amparo serle las murallas
de Córdoba, y sembrando luto y muerte,
hasta las anchas vegas de Granada
la España recorrer; cetro y cabeza
pronto veréis rodar a vuestras plantas
o yo en la empresa moriré.

TERESA

Don Nuño,
pues si ese mismo sois y si os halaga

tanto, Nuño, el poder, tomad el hierro:
¿Pensáis corresponder a mi esperanza?
o temed...

NUÑO

¿Yo? Jamás: antes del cielo
un rayo me confunda... Óyeme... aguarda.
Deja a los viles la traición y el dolo.
A los cobardes abandona esa arma.
Tengo espada; valor Fernán González:
yo cuerpo a cuerpo reñiré, y quien salga
del duro acero del contrario libre,
ese libre será. Responde. ¿Callas?

TERESA

Es grande su valor.

NUÑO

Y es invencible
quien por las damas y el honor batalla.

TERESA

Fuera yo loca y necia, ¿Vos vencerle?
¿Sabéis, don Nuño, vos, de quién se trata?
Yo os dejo: ya os conozco, y os advierto
solamente que el labio, si es que aun ama
algún tanto la vida, cual la tumba
calle: y mirad que si indiscreto hablara,
no ha de faltarme... pero, en fin, yo quiero
fiarme aquí de vos. ¿Daisme palabra
de sepultar lo que sabéis...? ¿Juraislo?

Vamos.

NUÑO

(¡Cielos! ni sé lo que me pasa.)
Sí, juro.

TERESA

Sea en buen hora. ¿Conoceisme?

NUÑO

Demasiado.

TERESA

Pues bien. Así descansa
mi pecho; y si calláis, a mi cuidado

queda el conde. Temblad si...

NUÑO

Juré y...

TERESA

Basta. (Vase.)

Escena VII

NUÑO

¡Confuso quedo y loco! ¿Qué he escuchado?

¡Oh! ¿Qué mujer es ésta? ¡Mi esperanza

encomiendo a los cielos!... ¡Infelice

conde ¡Él ignora lo que en León le aguarda!

Que para el tigre que su sangre anhela

perezca el conde, aunque perezca España.

ACTO SEGUNDO

Decoración: la misma del primero.

Escena I

REY, CONDE DE MONZÓN.

REY

Mucho, Monzón, tarda Nuño;

harto para mi impaciencia,

que si llega el de Castilla

Dios sabe que no quisiera

que culpase a mi amistad

de desaire o de tibieza.

MONZÓN

Voy, señor, con tu permiso,

a dar a don Nuño priesa. (Vase.)

Escena II

REY, CRIADO DE PALACIO.

CRIADO

Señor, hablarte pretende
tu madre doña Teresa.

Escena III

REY, DOÑA TERESA.

REY

¿Cuál es la ocasión, señora,
que cuando mi afecto piensa
cumplir con Fernán González
de la amistad la gran deuda
saliendo hoy a recibirle...?

TERESA

¿Fuera salís de las puertas
de León a festejarle?

REY

¿Y cuál otra mejor muestra
darle puede mi amistad?

TERESA

¿Y sabéis quién con él venga,
la ocasión de su venida...?

REY

¿Cuál otra tener pudiera
que haberle enviado a llamar
porque en mi corte asistiera
a mi Consejo?

TERESA

Os engañan.
¡Ay, don Sancho! ¡cuánto yerta
aquel que en Fernán González
hallar un amigo piensa!
El conde es traidor.

REY

¡Señora!
¿Quién lo dice? ¿quién lo prueba?
¿Quién osa inculpar al conde
una acusación tan fea?
Quien eso miente le infama,
que si el conde mal quisiera
por ventura a mis Estados,
con alto son de trompetas
al mundo lo publicara.
Él sacara sus banderas,
y en campaña sus razones
con su espada hiciera buenas.
Empero, ¿traidor el conde?
Traidor es quien le sospecha,
¡Vive Dios! que los soberbios
nunca anidaron vilezas.

TERESA

Tomad, don Sancho, ese pliego.

REY

(Lee.) «Rey don Sancho: El conde Fernán González después de haber levantado a Castilla, se aprovecha de vuestro llamamiento a las Cortes, e intenta con capa de amistad quitaros el trono, sea para él, sea para restituirle a don Ordoño el Malo, a ruegos de su hija doña Urraca, que con él tiene casada, y que está en Burgos. Guardaos y el Señor Dios os guarde. Garci-Sánchez de Navarra.»

¿Queréis que a García crea,
cuando sé que él en Pamplona
ya otra vez en sus cadenas
le tuvo vilmente preso?
Vos odiáis al conde...

TERESA

Sea.

Yo, don Sancho, no lo niego.
¿Qué es negarlo? Si pudiera
ver a mis plantas rodando
la aborrecida cabeza
del conde Fernán González,
yo, no lo dudes, yo mesma
de sus hombros la arrancara.
¿Pensáis que no me valiera,
si su traición inventara,
de otro que os la descubriera
¿o pensáis vos por ventura,

don Sancho, que soy tan necia
que si a engañaros me pongo
yo misma antes os lo advierta?
Si yo misma aquí os la digo
es porque sé que es tan cierta
que no es preciso fingirla,
que a serlo yo la fingiera,
mas buscara para vos
quien salvase la apariencia.
Verdad es que le aborrezco...
Mas ¿conocéis esa letra?

REY

Es de mi hijo, Garci-Sánchez.
¿Acaso?

TERESA

Sancho, leedla.

REY

(Lee.) «Padre y señor: Don -Gonzalo Díaz, privado del conde de Castilla, levanta los pueblos y presidios de su estado, y cuando os lleguen estas letras, plegue al Señor Santiago que estéis a tiempo de evitar los daños, que acaso os prepara: toma con su gente la vuelta de León: el conde con sus ricos-hombres y principales nobles acude a las Cortes, más en guisa de hombre de guerra que de quien con pacíficos intentos se guía. Nájara, 26 de junio: era 965.-Vuestro hijo: Garci-Sánchez.»

TERESA

Es traición que yo inventé:
dejad al conde que venga,
que él presto, por Dios, dirá
si es infundada sospecha.
Salid, hijo, a recibille.
¿A qué aguarda vuestra Alteza?

REY

¡Por San Salvador de Leyre!
¡Vive Dios! que donde quiera
que halle al conde, que le quite
la gana de turbulencias.
¡Así mi amistad se paga...!
¿Y quién me trajo estas letras?

TERESA

El conde Mosalo Díaz,
que reventó con la priesa

el más generoso bruto
que parieron vuestras yeguas.
Vedle, si queréis; afirma
que él a los rebeldes viera:
diz que es gente recogida
de las orillas amenas
del Arlanza, y de Vivar,
de Burgos, de Santisteban
de Gormaz...

REY

Basta, señora.
Pagará con la cabeza.

TERESA

Y ya ha tiempo que vos mesmo,
y sin que él se revoliera,
debierais haber tomado
tan segura providencia.
¿Paréceos que estáis seguro
teniendo al lado esa fiera
que sólo por conquistar,
sólo por vencer alienta?
Si tener brazos dispuestos
a su devoción no piensa,
¿por qué funda pueblos nuevos
y otros arruinados puebla?
Ávila lo diga, y Osma,
y otros ciento que la guerra
despobló, y de castellanos
como soberano llena.
Si a Sepúlveda fundó,
fundáralo enhorabuena;
mas no tantos privilegios
a aquesa población nueva.
¿Quién le dio tales derechos?
¿Y qué arrogancia es aquesa,
si el soberbio su poder
con males fines no aumenta?
¿o pensáis que a su corona
el conde añadir no intenta
los dominios de León,
y cuando mover no pueda
contra los moros sus armas,
y las huestes agarenas
tenga todas derrotadas,

Fernán González no vuelva
contra los reyes cristianos
entonces esas armas mismas?
¿Os parece que no llegue
tiempo en que la España entera
rinda parias a Castilla,
si muchos condes tuviera
que al conde Fernán González
por su mal se parecieran?
Pues yo, Don Sancho, ese tiempo
ved que lo contemplo cerca.
Sí: los reyes de Castilla,
merced a vuestra flaqueza,
asentarán su corona
mandando a la España entera:
el feudo y el homenaje
alzará que hoy a tu alteza
tan mal grado reconoce;
y abarcará su grandeza
León, Vizcaya, Navarra,
Galicia y Cerdeña misma,
y Aragón y Barcelona,
y todas aquellas tierras
que el Tajo, Guadiana y Duero
hasta Lusitania riegan.
Y arrojados los alarbes
de Córdoba y de Valencia,
rincón sólo que el esfuerzo
hoy de Castilla les deja,
olvidarán nuestros hijos,
cuanto más su infamia crezca,
que de restaurar a España
la gloria toda fue nuestra,
y que el invicto Pelayo
se levantó en esas sierras.
Sólo aseguras, Don Sancho,
el cetro de esta manera,
fuera de que, ¡por Santiago!
Es para vos grande afrenta
que el que mató a vuestro abuelo
insulte a vuestra paciencia,
dentro de los mismos muros
en donde su nieto reina.

REY

Mucho creer en el conde

tamaña traición me cuesta,
que a dejar de ser honrado
nunca tan tarde se empieza.

TERESA

¿Vos a mi propio enemigo
alabáis en mi presencia?
¿Y la sangre de Ramiro
corre, Sancho, por tus venas?
Cede al conde, cede el cetro,
cede el reino enhorabuena,
que no merece corona
quien no sabe defenderla.
Pero, escucha: si hoy que miras
ahí de la traición las muestras,
no castigas, como es justo,
del rebelde la insolencia,
no importa: tu madre misma...
En balde salvarle esperas;
castigar sus demasías
bien sabrá doña Teresa. (Vase.)

Escena IV

REY.

¿Que no pueda rehusar
de la traición tantas pruebas?
¡Ah, conde Fernán González!
¿Tu amor... tu lealtad es ésta?

Escena V

REY, DON NUÑO, CONDE DE MONZÓN.

NUÑO

Ya, señor, enjaezado
el mejor bridón espera;
el mismo que os vendió el conde.
¿No responde vuestra alteza?

REY

Don Nuño, daréis luego orden

que doblen las guardias nuestras,
que un alférez con su escuadra
salga de los muros fuera;
que las cuadras se registren...

NUÑO

Pues, señor, ¿cuál turbulencia?...

REY

Don Nuño, Gonzalo Díaz
alza en Castilla bandera:
si piensa Fernán González
que es fácil que nos sorprenda
se engaña, pues que esperarle
desarmados fuera mengua.

NUÑO

(¡Cielos! tu odio reconozco
Contra él, implacable reina.)
Señor, permitid que dude...

REY

Dude o no dude, obedezca
el buen vasallo, don Nuño;
Que eso importa a la defensa
de mis reinos.

NUÑO

Gran señor,
está bien. (Por tu cabeza,
infelice conde, tiemblo.) (Vase.)

Escena VI

REY, CONDE DE MONZÓN, CRIADO.

CRIADO

Gran señor, vuestra licencia
pide el conde de Castilla
para ver a vuestra alteza.

REY

¿El conde ya? ¡Grande dicha!
A mi enemigo me entrega

la fortuna en mi palacio.
Que entre presto. Mas no... espera.
Fuerza será mi semblante
componer, porque no advierta
cuánto a mi pecho el rigor,
cuánto el castigo le cuesta.
Quiero también humillarle,
y antes que llegue a mi alteza,
he de hacer que aquí me espere
como quien viene a mi audiencia.
Al de Castilla decidle
que entre y que espere mi vuelta.
Vos, Monzón, entrad conmigo,
que quiero vuestra prudencia
consultar en este caso,
y oír lo que me aconseja. (Vanse.)

Escena VII

EL CONDE FERNÁN GONZÁLEZ, DON GONZALO DÍAZ.

FERNÁN

¡Por Dios que me maravilla
que así reciba la corte
a persona de mi porte!
¡Así al conde de Castilla!
Hoy, Don Sancho, en el salir
a recibirme se tarda,
y eso que ya el rey me aguarda...
No sé de esto qué decir.
Mas en tanto que el rey viene,
decid, ¿cuándo en San Millán
de la Cogolla, verán
los pliegos, do se contiene
la carta, en que le confiero
privilegios, ¿los enviasteis?

GONZALO

Sólo uno, como mandasteis,
llevó a Fortunio don Pero
Gustios de Lara, señor.

FERNÁN

Sí, el que a San Millán le hago,

aun mayor que el de Santiago,
por el insigne favor
que en Simancas me hizo el santo
de aparecer combatiendo
contra el moro: agradeciendo
tal gracia, por eso tanto
desde hoy su culto venero,
y que unos pueblos den pan,
y otros vino a San Millán,
y carne y legumbres quiero;
y hacer merced de la villa
de Pazuengos al abad,
porque más pingüe heredad
no tenga nadie en Castilla.
A la venida, en Arlanza
el monasterio también
debisteis ver; si van bien
las obras: con confianza,
este santuario edifico
a San Pedro, y quiero sea,
porque quién yo soy se vea,
de los de España el más rico.
En él quiero que se entierren
mi cuerpo y el de mi esposa,
y bajo una misma losa
nuestras cenizas se encierren,
cuando ordene el Señor Dios
que pasemos de esta vida.

GONZALO

Esa esperanza cumplida
vendrá a ser que tenéis vos.
Y quiera el cielo piadoso
que harto pronto eso no sea,
y víctima yo no os vea
hoy de un engaño alevoso.

FERNÁN

¡Que de esa extraña manía
no desistáis, don Gonzalo!
¿Qué veis en esto de malo
para tan rara porfía?

GONZALO

Mucho, señor, me equivoco
si no hay traición encubierta,

y ved que en estar alerta
no siempre se gana poco.

FERNÁN

Blasonas de muy prudente.

GONZALO

Luego, señor, será tarde.

FERNÁN

Mejor el hacer alarde
estuvieraos de valiente.

GONZALO

Si esto no os sirve de enojo
ved que hay grande diferencia
de cobardía a prudencia,
y no es valor el arrojo.

FERNÁN

Eso mismo me dijisteis
cuando, en Muñón, de Almanzor
os puso miedo el valor,
y al trance vos o pusisteis.
Y la batalla se dio
junto a la villa de Lara,
y Almanzor volvió la cara,
que él no fue quien la ganó.

GONZALO

En los trances arriesgados
no se juzga lo que fueron,
ni a los que los emprendieron,
sino por los resultados.
Si se pierden fue locura
intentarlos, fue baldón;
y fue grande previsión
si se ganan, y cordura.
No por cobarde aconsejo,
si por vuestro amor, gran conde:
y aquí mi espada os responde
si no hice alarde, aunque viejo,
de castellano, en el trance
que yo mismo no aprobé,
si ante el Alhagib temblé,
si no le seguí el alcance;

y entonces os defendieron
otros ciento como yo,
y en la corte, señor, no.

FERNÁN

Nunca miedo me impusieron
los traidores; quien ignora
la traición, no la sospecha.

GONZALO

Y quien la duda desecha
tarde su confianza llora.

FERNÁN

Los traidores solamente
hacen al vil recelar,
que se ponen a temblar
cuando los mira un valiente.
Y decid, ¿tanto interesa
al rey Don Sancho mi daño
para urdir tan vil engaño?,

GONZALO

Quiéreos mal doña Teresa.

FERNÁN

¿Y ha de temblar por ventura
a una mujer...

GONZALO

Sí esa misma...

FERNÁN

Quien de toda la morisma
tiene su vida segura?

GONZALO

Recordad que ya en Pamplona
cerca estuvisteis por ella
de perder en la querella,
con la vida, la corona;
que otras Cortes hubo este año,
y sin haber nueva guerra,
sacaros de vuestra tierra
para Cortes, es engaño.
Mirad, pues, si son o no

mis sospechas bien fundadas,
si en traer gentes armadas
anduve acertado yo.
Es feroz doña Teresa
y cruel en demasía,
y hace ya tiempo, a fe mía,
que el que vos viváis le pesa;
No os encarezco yo nada
que estando solos los dos...

FERNÁN

¿Y estoy solo, vive Dios,
cuando vengo con mi espada?
No en Navarra la ceñía
cuando en Pamplona inhumanos
hierros me ataron las manos
por traición de Don García.
Que entonces a bodas fui,
y como que despreciaba
la traición, me la dejaba
a cuatro pasos de mí,
Don Gonzalo; y por más seña
que tanto la desprecié
que yo mismo al fin solté,
como hombre a quien se desdeña,
a Don García el villano,
cuando, cobrado el acero,
en el encuentro primero
le tuve preso en mi mano.

GONZALO

Y si entonces vos la vida
debisteis a vuestra esposa,
¿por qué dejarla llorosa,
por qué impedir su venida?

FERNÁN

Mejor en Burgos se está,
que ella allá con su prudencia
que no echen de ver mi ausencia
en Castilla, cuidará.
Volved vos a consolarla;
decid que quedo en León
sin que ninguna traición
pueda aún acongojarla.

GONZALO

¿Tan mal, señor, os serví,
con tan poca lealtad,
que con esta crueldad
queréis libraros de mí?
Antes yo muera; pues hallo
que me está mejor morirme
que de tu lado partirme.
No a tu más firme vasallo
de ti apartes, mientras puedas,
que yo me parto muriendo,
y tú, el riesgo no temiendo,
sin quien le prevenga, quedas.

FERNÁN

Siempre, don Gonzalo, a vos
os tuve por buen amigo;
pero no temo enemigo
con mi espada y con mi Dios.
Mucho os agradezco, sí,
vuestra buena voluntad;
mas por el traidor temblad,
no tembléis nunca por mí.
No os mando yo que os partáis
para siempre de mi lado,
sino en haciendo el recado
que luego a León volváis.
Que si por ventura fuese
vuestro temor bien fundado,
no sería aventajado
que a entrambos el rey prendiese.
Guárdese de los dos uno,
que Castilla vio valientes,
pero como vos prudentes
no vio Castilla ninguno.

GONZALO

Vuestra alteza en ese caso
deme su mano a besar,
que más que correr, volar
será hasta Burgos mi paso.

FERNÁN

Id con Dios y tornad luego,
que hasta saber de mi esposa
el corazón no reposa,

que arde en su amoroso fuego.

GONZALO

(Yéndose.) Conde bizarro y valiente,
tal vez por tu buena estrella
no esté doña Sancha bella
tan lejana con su gente.

Escena VIII

FERNÁN GONZÁLEZ, REY, CONDE DE MONZÓN.

FERNÁN

(El rey sale, al parecer,
con el semblante enojado;
¡si habrá Gonzalo acertado
en lo que llegó a entrever!)

REY

(A Monzón.) Vos cuidado que prevenida
la guardia esté por si el conde
altanero me responde,
con su espada, harto atrevida.
(Vase Monzón.)

Escena IX

REY, FERNÁN GONZÁLEZ.

FERNÁN

Gran señor, a vuestros pies
Don Fernán González puesto...
(Levantándose.)
El rey no me oye, ¿qué es esto?
¡Vive Dios! por San...

REY

¿Quién es?

FERNÁN

Rey Don Sancho, a vuestras plantas
está el conde de Castilla,

el que a ninguno se humilla... (Se levanta.)

¡Cielos, conde! ¿Y esto aguantas?
¿Dónde, Don Sancho, aprendisteis
a tratar con tanta afrenta
al que mejor os asienta
la corona que os pudisteis?
¿Conoceisme, rey Don Sancho?
¿Sabéis que en Burgos si os viera,
con sólo que os recibiera
os viniera a vos muy ancho?
¿Que soy tan rey como vos,
y que aunque aquí vos mandéis,
en Burgos me obedecéis,
y que reinamos los dos?
¿Son estas las Cortes, son,
con cuyo torpe pretexto
me sacasteis para esto
del centro de mi nación?

REY

¿Y quién es el sandio, el necio,
el atrevido, el osado,
que así el grito ha levantado?
Sino porque le desprecio,
yo le enseñara a ese conde
a temblar en mí la ley,
y a respetar a su rey
como a su rey corresponde.
Que si aun decís que reináis
porque levantar podéis
los Estados que tenéis,
no sois vos el que ignoráis
que es más el rey en León
que no en Castilla su conde.

FERNÁN

Y decidme vos, ¿de dónde
el derecho, la razón
os viene de gobernar
en Castilla? Sancho, no;
pues decidme, ¿no fui yo
el que me quise obligar?
Cuando en Castilla mi abuelo
era juez, Nuño Rasura
y Laín Calvo, ¿por ventura
les conquistasteis el suelo?

Y fueran intentos vanos,
que jamás entra un acero
leonés, Don Sancho fiero,
donde hay pechos castellanos.
¿Ignoráis que Don Ordoño
a los condes de Castilla,
en Regular, una villa
junto a tierra de Logroño,
siendo mi abuelo uno de ellos,
hizo prender a traición,
y que después en León
les mandó cortar los cuellos?
Y que entonces dio su silla,
¿no lo oísteis cien mil veces,
en vez de Ordoño a dos jueces
independiente Castilla?
Y yo os tributé homenaje
porque pensé que otro fueras
y que más agradecieras
mi amor y mi vasallaje;
que no porque necesite
de quien con su fuerte ayuda
para mi defensa acuda
y mi valor acredite.
Yo tuve antes que nacierais
tanta morisma vencida
cuanta vos en vuestra vida,
si dos mil años vinierais.
Y si mi espada desprecia
con insultantes estilos,
yo os haré apreciar sus filos
y conoceréis si es recia.

REY

¡Vive Dios, conde! ¿sois vos
el mismo que callar debe,
y en mi presencia se atreve
así a igualarnos los dos?
¡Vive Dios! que si a mi alteza
otra vez os levantáis,
que os mande, pues tanto habláis,
cortar luego la cabeza.
Que aunque en Castilla mandéis,
no así mandáis en León;
ni que os saque de prisión
vuestra Castilla esperéis.

Y porque veáis vos luego
si injusto procedo, conde,
me responderéis, ¿de dónde
pudo salir este pliego?
¿Esa es lealtad y es amor,
ese el celo y la amistad,
y la buena fe...? Mirad,
lo que sois es un traidor.

FERNÁN

¡Vive Dios! Don Sancho el Gordo,
que si no enfrenáis la lengua,
que os haga con vuestra mengua
entender que no soy sordo.
¡Por San Millán! ¡vive Dios!
Que nunca sufrió mi pecho
la afrenta que le habéis hecho
en este momento vos.
Si el rey de León no fuera
quien me ha llamado traidor,
le hiciera ver mi valor
que más callar le valiera.

REY

¡Hola! ¡Guardia!

FERNÁN

¡Ah, don Gonzalo!
¡Y que no os creyera yo!
Pero ¡ah! Don Sancho, que no
(Sacando la espada al ver la guardia.)
llevaré yo lo más malo.

Escena X

Dichos, DON NUÑO ANSÚREZ, GUARDIA.

REY

Prendedle.

FERNÁN

Eso no será
con el conde de Castilla,
que no tanto se le humilla;

antes muerto caerá.

REY

¿A un hombre tembláis, cobardes?

¡Ah, villanos! ¡qué osadía!

FERNÁN

¿Todos a mí? ¡oh cobardía!

(Saliendo del escenario con la guardia.)

Pues no que me rinda aguardes;

no, en mi vida lo verás;

rindo al valor mis ardores,

mas ceder a los traidores,

mas a los viles, jamás.

Escena XI

REY, DON NUÑO.

NUÑO

¡Cielos! el conde cayó

tropezando en la escalera.

REY

Dicha fue, que sino, fuera

el gran valor que mostró

difícil vencer.

FERNÁN

(De adentro.) ¡Oh, infame!

Sólo así fuera posible

rendir mi brazo invencible.

No prisiones, muerte dame.

REY

Id, y en el alcázar, Nuño,

mandad al conde poner,

y que nadie le entre a ver

sin una orden de mi puño.

Que la tropa se refuerce

que contra Gonzalo enviaste,

antes que el campo nos gaste

y a mayor trance nos fuerce;

por si la gente del conde,

trasluciendo su prisión,
viniese sobre León
como a su ley corresponde.
Yo castigaré al aleve
su intento de conspirar,
y al osado que a insultar
a mi majestad se atreve.

ACTO TERCERO

Vestíbulo de palacio.

Escena I

DOÑA SANCHA, DON DIEGO LAINEZ en traje de romería.

DIEGO

¿Cuál es, condesa, vuestro intento ahora?
El conde, vuestro esposo, gran señora,
aunque conoce bien vuestro amor fino,
en Burgos os sospecha, no creyendo
que vos sus pasos le venís siguiendo.
Y si hasta aquí pudimos libremente
a favor del disfraz de peregrinos
entramos en León, cosa arriesgada,
dejando nuestra gente
oculta y emboscada
lejos de encrucijadas y caminos,
¿no fuera empresa loca
pensar los dos de su prisión al conde
salvar?

SANCHA

Eso me toca,
Diego Lainez, a mí: cuando en el campo
vimos llegar, de generoso bruto
oprimiendo el higar, a Sisebuto,
y la infausta noticia
de la prisión del conde
de su labio escuchamos, bien lo visteis,
yo animé la primera
a los guerreros castellanos todos

para el asalto fiero.
Del fiel Gonzalo los consejos cautos
vos recordad empero:
«La saña suspended, dijo, condesa,
»medios de paz se prueben; preso el conde
»su vida es de Don Sancho; no irriteos
»su venganza feroz. ¿Qué lograremos,
»si la muerte le da, mas que los muros
»de León, muerto el conde, derribemos?
»Valga el ardid: la guerra no rompamos,
»y si por bien salvarle no podemos,
»caiga entonces León, o bien muramos.»
El cielo, Diego Lainez, por ventura
sabe si aquesto es miedo u es cordura.

DIEGO

Y mal pudierais contrastar las fuerzas
de esta ciudad con la pequeña escuadra
que nuestros pasos sigue.
Ved la campaña de León poblada
de aguerridos soldados, y el estruendo
militar de timbales y atambores
en nuestro oído resonar. ¡Quién sabe
si le llegó a Don Sancho
la fama ya de la que sigue al conde
escuadra militar! ¡Oh! tiemblo, tiemblo,
que acaso tarde sea
y malogrado nuestro plan se vea.

SANCHA

Casual tal vez el militar estruendo
será que vos decís, o muestra haciendo
Don Sancho de su gente y sus banderas,
los clarines de Marte en la campaña
fingiendo el trance, entre su gente sola,
en simulacro adiestrar a su saña.
No faltará un ardid que salve al conde.
No conocéis vos, Lainez,
de la mujer el pecho enamorado;
yo al conde amé, que sus virtudes tantas,
tales hazañas como cuenta el moro
con terror de su brazo, harpones eran
que amor clavó en mi pecho;
y al que tan fácil el poder tremendo
rompe de Abderramén, y le destroza,
al que tan fácil a Almanzor rindiera,

flaca, de amor vencida,
mal resistirle una mujer pudiera.
En balde, en balde la fatal memoria
me atormenta mil veces de mi padre
muerto a sus manos en la lid sangrienta.
Yo batallé; pero venció. Y entonces,
¡Con cuánto ardor me abalancé a los riesgos
para salvar su vida! ¡Ay sin mí, el conde,
Lainez, aun a pesar de tanta hazaña,
ya perecido hubiera
de Don García a la funesta saña.
Después yo misma con mi lloro ardiente
su enojo conjuré, cuando mi hermano
en su poder cayó: puesta a sus plantas,
más generoso le pedí a los cielos
que acaso merecía
el traidor fementido Don García.
¿Y qué no hiciera porque el mundo todo
más generoso le adorara y bueno
que valiente y terrible?
¿Y a mí a quien tanto su afición me cuesta
me ha de faltar un medio de salvarle?
Yo rogaré a Don Sancho,
sus plantas besaré; si no me escucha
levantaré a Castilla,
que mucho al conde quiere,
y vos su afección mucha
conoceréis en la tremenda lucha.
Todos las armas, todos,
niños, mozos, ancianos y mujeres
empuñarán; en fin, yo misma, ciega,
ebria de amor me ofreceré a Don Sancho
víctima en su lugar: y aunque su reino
por robarle a mi amor se levantara,
quien ya salvarle pudo
una vez, otras ciento le salvara.
Dos veces a mi esposo
la vida habré salvado; sí, que el día
que le saqué en Pamplona, nueva Ariadna,
del laberinto en que le hundió García,
no más amor al conde que hoy tenía.
Pero alguien llega aquí: si no me engaño,
Don Nuño Ansúrez es.

Escena II

Dichos, DON NUÑO.

NUÑO

¡Cielos! ¿qué veo?
¿Será verdad? ¿tan pronto
la condesa? ¿es ficción de mi deseo?
¿Sois vos, condesa, y así?
¿Y en palacio, gran señora,
cuando el rey sin duda ignora
que podéis estar aquí?
¿Qué hicisteis? ¡Válgame Dios!
Si aquí su madre os sospecha
no ha de quedar satisfecha
mientras que no os prenda a vos.
Que es cruel...

SANCHA

¿Y no podría
hablar yo misma a su alteza,
y pedir por la cabeza
del conde?...

NUÑO

¡Por vida mía!

SANCHA

¡Amparadme! mas ¿no es cierto
que al rey de adentro asistís?
Y si vos se lo decís...
Pero, Don Nuño, ¿qué advierto?
¿Lloráis?

NUÑO

Demasiado bien
quiero al conde vuestro esposo,
y el llanto prueba abundoso
si os estimo a vos también.
Y es mi rabia y mi despecho
que sé quien le quiere mal,
y ha de callar el puñal
que atenta contra él, mi pecho,
que de fiel blasona.

SANCHA

¡Oh Dios!

NUÑO

Pero ¿qué dije? deliro.
(No sé qué hacer.) Mas ¿qué miro?
No temáis, condesa, vos:
el rey llega... es fuerza luego
que hasta esa sala de audiencia
os retiréis: sin licencia
del rey vinisteis; yo llevo
a hablarle: a que él mismo os vea
acaso le dispondré...
Por el conde le hablaré;
mas él viene; presto...

SANCHA

Sea.
(Vase.)

Escena III

REY, DON NUÑO.

REY

Don Nuño.

NUÑO

Señor.

REY

¿Vos solo
en esta estancia? ¿qué veo?
¿Vos con muestras de dolor
en el rostro y sin saberlo
vuestro rey?

NUÑO

Señor...

REY

Decidlo.
¿Cuál es vuestro sentimiento?

NUÑO

Hablaré, pues que tu alteza
tiene de escucharme empeño.
El rigor que con el conde
usas, señor, y el afecto
que ha muchos años amigo
al de Castilla profesó,
la causa son del dolor
que despedaza mi pecho.

REY

Harto, don Nuño, me cuesta;
pero eso al honor del reino,
y eso a mi propia quietud,
aunque es gran rigor, le debo.
Doña Teresa, mi madre,
no ignoráis tiene en el pueblo
gran parcialidad, y ella es
quien pide con más empeño
la muerte del conde: es fuerza
que me doblegue a sus ruegos.
Y de la traición las pruebas
yo mismo negar no puedo.
Él a Don Ordoño el Malo
da protección en su reino;
vos también, Nuño, lo visteis.
¿Por qué más, como guerrero,
viene a León, rodeado
de pendones y de aceros?
¿Por qué levantó en Castilla
a los castellanos pechos?

NUÑO

Él niega, señor, que sea
eso que decís vos cierto;
que si levantó Gonzalo
bandera, fue sin saberlo él.

REY

Eso es, don Nuño, claro:
ora que se mira preso
niega su falta. ¿Y qué dice
de aquesta prisión el pueblo?

NUÑO

La fama, señor, del conde,
sus virtudes y su esfuerzo

ponen de su parte a todos:
las calles corre revuelto
contra el que osado le acusa
publicando mil denuestos;
y aun corren voces que sirven
de aumentar el descontento:
diz que del mar han salido
muy grandes llamas de fuego,
y que tocándolo todo
se han metido tierra adentro.
Que en Zamora y en Carrión
y en Castrojeriz ardieron,
y en Briviesca y en Pancorvo
y en Burgos barrios enteros,
y en Buradón y en Calzada
las casas desaparecieron.
Creen que la prisión del conde,
a quien siempre amparó el cielo,
la causa fue del prodigio;
que todos saben, y es cierto,
que el ermitaño Pelayo
de la ermita de San Pedro
le apareció por dos veces
en dos distintos encuentros,
la victoria asegurando;
y dicen ser escarmiento
aqueste por impedirle
las grandezas que está haciendo;
y unos, por las calles gritan,
y otros, llenando los templos,
por la libertad del conde
ofrecen votos al cielo.

REY

Bien está: vos cuidaréis
que no cometan excesos.
La ocasión de eso se quita
quitando al conde de enmedio,
que yo a la obediencia ciega
he de enseñar a mi pueblo.

NUÑO

Si algo, gran señor, contigo
pudieron siempre mis ruegos,
sea tu norte la clemencia...

REY

Yo salvar al conde intento,
y estad, don Nuño, tranquilo,
si librar su vida puedo.
Yo le haré sacar los ojos,
y conducirle hasta Oviedo,
después de haberle cortado
la su cabellera...

SANCHA

(De adentro.) ¡Cielos!

REY

Allí ha de amansar el conde,
cerrado en el monasterio
de San Vicente.

SANCHA

(De adentro.) Dejadme,
Diego Lainez; yo no puedo
sufrir más.

DIEGO

(Ídem.) Tened, señora.

SANCHA

Es en balde.

REY

¿Cuál estruendo?...

NUÑO

(Si la condesa imprudente...)

REY

¡Hola! Nuño, ¿qué es aquesto?
¿Cuál rumor en la antecámara?

NUÑO

Ya, gran señor, voy a verlo.
La condesa de Castilla
que pretende entrar a veros
sin vuestra orden.

REY

¿La condesa

en León tan pronto? ¡Cielos!

NUÑO

Ya se entra, señor, que en vano
su paso impedir quisieron.

Escena IV

Dichos, DOÑA SANCHA.

SANCHA

¿Así, don Sancho, en León
a vuestros deudos se trata?
¿Así a la alteza se acata
de los que en Castilla son
más que reyes? ¡Oh! Dios quiera
que un día a Burgos lleguéis
porque luego os sonrojéis
de lo que con vos se hiciera.
Allí cuando va algún deudo
festejarle bien solemos,
porque en tal caso creemos
que es el agasajo feudo.
Es de honrados el honrar,
y a los suyos más, señor;
y suele más el amor
que el castigo, desarmar.
El que nació generoso
no sabe nunca hacer daño,
que, o no sospecha el engaño,
o le perdona bondoso.

REY

¿Y queréis, condesa, vos
que con afecto de amigo
deje al traidor, mi enemigo,
que me mate ¡vive Dios!

SANCHA

¿Y de qué traidor habláis?

REY

El conde lo es: vos, condesa.

SANCHA

¡Oh! ¿qué imputación es esa?
¿El traidor? Vos deliráis.
¿Y yo, Sancho?

REY

Vos, señora:
y si vos tan prevenida
no estabais ¿esta venida
qué quiere decir ahora?
¿Qué os trae aquí cuando el conde
preso está en León? ¿Tan presto
cómo os llegó nueva de esto?
o ¿adónde vais, pues, adónde?

SANCHA

(Al amor se le permita
esta inocente ficción.)
¿No es camino por León
para todo el que visita
desde Burgos a Santiago?
Y si no guardo cautela
cuando voy a Compostela,
harto bien os satisfago,
que si haceros mal quisiera,
de vos, Sancho, no fiara;
por el monte me guiara
y no a entregarme viniera:
jamás el traidor se fía
del que vendió; estuvo el daño
en pensar que sin engaño
visitar antes podía
a un pariente como vos;
que nunca, Sancho, creí
de vuestro porte que así
nos tratarais a los dos.
Cuando pienso hallar al conde
más querido y festejado
que es de Burgos adorado,
la voz de León responde
que preso en vuestras cadenas
Fernán González está.
¿Es ese el pago que da
la Cristiandad al que apenas
la lanza un punto arrimó?
¿Al que de Almanzor famoso

tantas veces victorioso
con su daño la libró?
Regadas tiene en más gotas
de su sangre las Castillas
que gentes cuentan sus villas,
que cuenta el turbán derrotas,
y que en sangrientas peleas
moros venció; y en España
te dirán de él una hazaña
cada colina que veas,
cada llano por do vayas,
y cada palmo de tierra
a donde llegó la guerra.
Díganlo los Abenayas,
los Aceijas y Almanzores
y dígalo Abderramén,
que él le ha vencido también,
mal que pese a sus ardores.
Y Dios te guarde, don Sancho,
que Hernán González perezca.
¿Quién estorbará que acrezca
el cordobés por el ancho
término de España toda
su alto poder enemigo?
No faltará otro Rodrigo
para la corona goda.
Vuélveme, o rey, a mi esposo;
si miedo a su poder tienes,
por él quedaré yo en rehenes;
yo compraré su reposo.

REY

¿Así defendiendo estás,
Doña Sancha, al matador
de tu padre que hoy traidor?...

SANCHA

Es mi esposo y nada más.

REY

Yo la justicia no tuerzo,
que le mató vi despacio...

SANCHA

No traidor en tu palacio;
en el campo, con su esfuerzo.

Y que le matara o no,
a traición o cara a cara,
¿quién pedir contra él osara
si se lo perdono yo?
Si has de errar en tu sentencia,
yerra, Sancho, de piadoso,
que es mejor en lo dudoso
inclinarse a la clemencia.
No sonará mal un día
que digan don Sancho el bueno,
el que a la venganza un freno
templado poner sabía.
Y si la clemencia no,
pueda a lo menos contigo,
o tú, generoso amigo,
el llanto que vierto yo;
que el conde culpa no tiene,
ni tiene intención traidora,
Sancho...

REY

¡Condesa! ¡Señora!
Pero alzado: mi madre viene.

SANCHA

¡Hay suerte más inhumana!
Cuando ya vencido está
¿qué intención buena será
la que trae aquí a mi hermana?

Escena V

Dichos, DOÑA TERESA.

TERESA

(¡Gracias te doy este día,
gran Dios, pues una faltaba
que a mi rigor se escapaba
y tu atención me la envía!)
¿La palabra, Sancho, es ésta
que de condenar me distéis
al conde, o bien le pendisteis
con enemistad supuesta
para concederle al llanto
de una hermosa? Ciertamente

sois para juez, excelente;
valéis para eso otro tanto.
¿No veis sus ojos que perlas
orientales nos derraman
y el pecho en piedad inflaman?
¿No os bajáis, hijo, a cogerlas?

SANCHA

¿Esto se ha de usar conmigo?
¿Y eres tú mi propia hermana?
No; que una sierpe inhumana
o un basilisco enemigo
te dio su leche en la cuna,
no en Navarra ni en Castilla,
sino en la africana orilla
sujeta a la media luna.
¿En qué prisión te encerré
cuando a Navarra viniste?
¿Cuando que arrastrar tuviste
grillos que yo te forjé?
Ese rey que adoras tanto
¿a quién debió don García,
cuando en cadenas gemía,
su vida, sino a mi llanto?
Si es que no es posible en ti
vivir sin aborrecer
¿por qué tú no has de volver
tu odio entero contra mí?
Olvida al conde inocente,
que hartos España ha menester,
no de una débil mujer,
sí del brazo de un valiente.
Sólo el delito fue mío,
que yo a mi padre olvidé
cuando con él me casé;
no del conde que con brío,
por más fuerte, le mató.
Ponedme a mí sus cadenas;
serán más dulces mis penas
si borro las tuyas yo.
Muera yo sola a tu saña,
que el mundo me olvidará,
mas nunca recobraré
otro conde tal la España.

TERESA

¿No veis, Sancho? ¡Qué virtud!
¡Qué heroísmo! Dadle al conde,
y su lealtad os responde
de vuestra propia salud.
Que ha la España menester
de un traidor, a quien abona,
que quitándoos la corona
se la venga él a poner.

SANCHA

No le culpes, no, que es mucha
para el conde tal vileza:
yo lo juro por la alteza
del justo Dios que me escucha.
Mírame puesta a tus plantas
y abrazando tus rodillas;
mira tú cuánto me humillas
y mi corazón quebrantas
mi dolor grande te mueva;
borra, si es que eres sensible,
el tormento irresistible
que a suplicarte me lleva.
Nunca yo mayor le tuve.
¿Quieres más humillación?
A tus pies ves en León
a la que Castilla sube
a su trono. Ya no soy
señora y condesa suya,
ya soy una esclava tuya,
si lo quieres, desde hoy.
Cruelles, dadme a mi esposo,
o bien la vida arrancadme;
su libertad otorgadme.
¡Compasión, Sancho piadoso!
No puedo sin él vivir.
¿Y qué mal se puede hacer
el que yo le llegue a ver,
si es que es preciso morir?
Dame, Sancho, que le vea,
que bañe en llanto sus pies,
y mátanos ya después,
si es preciso que así sea.

REY

Alzad del suelo, condesa;
presto al conde podréis ver:

mas luego habéis de volver
a Castilla con gran priesa.

SANCHA

¡Gran Dios! ¿Es verdad? el cielo
guarde, don Sancho, tu vida,
y te dé dicha cumplida
como tú me das consuelo.

REY

Llevala, don Nuño, ahora.
Vuestra vida me responde;
y ved que de hablar al conde
sólo os concedo una hora.

(Vanse. Por una parte doña Sancha y don Nuño: por otra el rey.)

Escena VI

DOÑA TERESA.

TERESA

¡Santo cielo! ¿Y yo lo escucho?
¿A dónde se fue mi gozo?
De una mujer el sollozo
venció al rey. ¡Aquesto es mucho!

(Dirigiéndose hacia la puerta por donde el rey salid.)

Si palabra no tenéis,
si la olvidáis más vilmente
que la distéis fácilmente,
yo haré que la recordéis;
y veáis que doña Teresa
lo que dice sabe hacer,
que no llegó a mi entender
a mal tiempo la condesa.

ACTO CUARTO

El teatro representa la torre donde está preso el conde.

Escena I

FERNÁN GONZÁLEZ.
¡Oh rigor de mi desdicha!
Cruel fortuna, ¿por qué
ves con ojos envidiosos
mi ya malogrado bien?
¡Ah! doña Sancha, mi esposa,
ora donde quier que estés,
tú la humillación no sabes
en que tu esposo se ve,
que a saberla, tú vinieras
mis cadenas a romper.
Rey don Sancho, ¿quién creyera
tan villano proceder?
Aunque en tratarme alevoso
comprendo que hiciste bien;
pues ¿qué mucho que los hombres
den muestra de poca fe
si hasta la suerte me pone
tropiezos ante los pies?
¡Y que allí yo me cayera!
¡Que no supiera vender
mi libertad a más precio!
¿Porqué con vida quedé,
si de lavar mi deshonra,
gran Dios, no me das poder?
Tú sabes que es la venganza
de Sancho injusta y cruel,
que yo soy el agraviado
por más que él diga que lo es.
En el campo yo a su abuelo
cuerpo a cuerpo le maté;
no traidor en mi palacio,
sino riñendo con él.
Mas ¿qué ruido oigo?...

Escena II

FERNÁN GONZÁLEZ, EL ALCAIDE al paño y después DOÑA SANCHA.

ALCAIDE
Condesa,

advierte que manda el rey
que antes que pase una hora
a Castilla has de volver;
y por la puerta secreta
que al campo da, esto ha de ser,
donde para abrirte espera
un guardia; y allí también
te aguarda con tus caballos
tu gente.

SANCHA
(Saliendo y adelantándose.)
Andad; está bien.

Escena III

FERNÁN GONZÁLEZ, DOÑA SANCHA.

SANCHA
¡Querido esposo!

FERNÁN
¡Cielos! ¡Sancha mía!

SANCHA
Concédeme, señor, que yo tus plantas
bese mil veces y en mi llanto bañe.
¡Cuál mis ojos te ven! ¡Ah! no son estos
aquellos lazos, no, que te estrechaban
dulces y hermosos, cuando en Burgos, conde,
feliz amor a entrambos enlazaba.
¿Quién, oh sol de mis ojos, pensaría
que en hierros y cadenas se trocaran?
Pero ¡ay! no llanto en tan amargo trance
te pide amor al corazón; venganza,
venganza solamente.

FERNÁN
Mal pudiera
sus agravios vengar quien torpe arrastra
viles cadenas.
No: morir vilmente,
ofendido, humillado, sin mis armas
puedo sólo esperar. ¡Oh! si matando,

morir siquiera de feroz batalla
pudiera entre el estruendo! Digna entonces
mi muerte fuera de mi vida: aciaga
tal dicha, empero, me robó fortuna.
Mas ¿vos... y en este traje disfrazada?
Pues ¿cómo, cuando en Burgos os creía,
en estos muros mi cariño os halla?
¿Quién nuevas os llevó? ¿Cómo pudisteis
de mis guardas burlar la vigilancia?

SANCHA

Ora deja, señor, de mi venida
de preguntarme la ocasión ni traza.
Apenas tiempo de acordar tenemos
qué nos resta que hacer. Aun la esperanza
vive en mi corazón; sí, que a tu lado
ya no soy yo, mi bien, tan desgraciada.
Ya en León estoy, ¿y lo demás
qué importa? Contigo sé morir: esto te basta.

FERNÁN

¡Morir, Sancha! Jamás: no ha de bastarme
valor para envolverte en mi desgracia.

SANCHA

No más quejas, no más: deja a los viles
que al peso del dolor rindan el alma.
Los fuertes también triunfan cuando caen:
que es más grande y mejor la dura carga
soportar con paciencia, aunque tus hombros
oprima con dolor, que no arrojarla.
¿Qué los vencidos por tu antiguo esfuerzo
de tu pecho dirán cuando la fama
tu flaqueza divulgue, cuando diga
que aquel que los venció también temblaba?
¿Qué Castilla dirá? Sí, que otro aliento
muy más heroico de su conde aguarda,
no a nosotros tan sólo nos debemos,
que también somos feudo de la patria.
Esa Castilla misma que te adora,
luego que tu prisión se divulgara
su fe con noble ardor acreditando
para vengarte se arrojó a las armas.
Tus ricos-hombres todos, tus vasallos
en el monte emboscados, a la entrada
de la ciudad, con impaciencia esperan

que les dé la señal de la venganza.
El fiel Gonzalo los gobierna y rige.
Todos ardiendo en vengadora saña,
al Dios del cielo, que castiga y premia,
sobre la cruz juraron de su espada
libertarte o morir.

FERNÁN

¿Qué es lo que escucho?
¿Y cómo salvaremos las murallas
guardadas de continuo, inaccesibles,
que de tantos valientes nos separan?
¿O pensasteis acaso que segura
estará nuestra vida en este alcázar
si el insensato arrojó de los nuestros
esta ciudad en su impaciencia asalta?
¿Yo he de sufrir sin pelear y ocioso
que harto fiel con su sangre derramada
castilla me rescate, con las manos
vacías, aherrojadas, de las armas
escuchando el rumor y los gemidos
de los que muertos por salvarme caigan?
Nunca; jamás. A los valientes diles
que Castilla en su seno alimentara,
que nunca olvidará Fernán González
cuánto le debe a su lealtad extraña.
Que las armas dejando, a sus hogares
se vuelvan, y que el conde se lo manda;
que sólo así cuanto por él hicieron
puede ahora pagar, y así lo paga.

SANCHA

¿Que ellos las armas dejen? Por ventura
piensas, Fernán González, que lograra
sin ti volverlos nadie a sus hogares?
Ellos juraron, y la ardiente llama
que arde en su corazón de amor al conde
nadie puede entibiar. No le enseñaras
tú a ser grande a Castilla, a ser heroica,
y acaso en tu defensa no se alzara.
No hay tiempo que perder. Óyeme. Un medio
podemos aun probar: con cuatro guardias
por la puerta secreta, que da al campo,
la entrada se defiende de este alcázar,
que el ser aquesta parte inexpugnable
la precaución excusa: el rey me manda

que salga por aquí: la noche oscura
con sus negras tinieblas nos ampara.
Viste mis ropas, y engañados todos
creerán ver en el bulto a doña Sancha.

FERNÁN

¿Quién? ¿Yo cubrirme con ropajes vuestros?
¿Yo a los cobardes esconder mi cara?

SANCHA

¿Qué importa que la escondas un momento
si luego más terrible has de enseñarla?
Al campo sal, y en el oscuro bosque
que circunda a León de espesas hayas,
ruinado, inmenso, colosal, suntuoso,
un monumento antiguo se levanta.
Templo fue de Minerva, cuando Roma
sus dioses y sus leyes dio a la España.
Hoy nada es ya: pero en su seno esconde
los leales castellanos, que allí aguardan
que un héroe los conduzca a la victoria.
Corre, Fernán González.

FERNÁN

¡Prenda amada!

SANCHA

Yo aquí me quedaré, del rey, don Sancho
a templar el enojo, y a una flaca
mujer, ¿qué caballero ha de ofenderla?
No corro riesgo aquí; ninguno. Marcha.
Sin ti ¿qué hicieran los valientes todos
contra las huestes que León prepara?
Sin ti perecerán. Tu fuerte brazo
el éxito hará cierto de las armas.
Inútil es que intentes disuadirme,
o los dos moriremos. Sí, mañana...
Aquí contigo he de esperar... escucha...
segará un vil verdugo tu garganta,
o en un encierro eterno, mutilados
los ojos...

FERNÁN

¿Qué decís? ¿Así se trata
a un nieto de Porcellos, el que a Burgos
de muchos pueblos, por blasón, fundara?

SANCHA

¡Lejos de mí tan espantosa imagen!
Antes que sobreviva a tal desgracia
mira este acero que, escondido, el punto
de derramar mi sangre sólo aguarda.
Elige, pues, en fin.

FERNÁN

¡Sancha!

SANCHA

Resuelve.

Mira a Castilla, triste, abandonada,
ser presa de León, y al torpe yugo
dar la cerviz; y mira cuál la amaga
el moro cordobés, perdido el brazo
que del fiero Almanzor sólo atajaba
la ardiente furia. En fin, ¿un nombre vano
para ti será el nombre de la patria?
¿Y tú al amor la inmolarás cobarde
de una débil mujer? ¡Cielos! La fama
a par que tu prisión rauda publica
también las nuevas lúgubres propaga
que a entrar de nuevo al castellano suelo
sus banderas los bárbaros preparan.
No ya por mí, que con estéril llanto
que corras a vencer pido angustiada;
no ya por mí, cuyas caricias tiernas
sin duda has olvidado; por la España,
que más de ti esperó: vuela, bien mío.
Salva, Fernán González, a tu patria.
Inútil le es tu muerte: ella lo pide.
Toda Castilla, conde, y doña Sancha,
los dos objetos de tu amor ardiente,
unidos lo pedimos a tus plantas.

FERNÁN

¡Imposible! ¡Jamás! Vano es el ruego.

SANCHA

No hay otro arbitrio... sí... sígueme y calla.
Urge ya el tiempo y la ocasión. ¿No escuchas
los cerrojos crujir? ¿no oyes pisadas?

FERNÁN

¡Oh mujer celestial! ¿yo abandonarte
sola y aquí?... Jamás.

SANCHA

No abandonada
estaré, cuando tú, venciendo, libre
contra León empuñarás la lanza.
Antes de una hora en mi veloz caballo
a nuestros tercios en el bosque alcanzas.
Aquí es fácil que el caso no descubran,
pues yo he de procurarlo, hasta mañana.
Nadie espera este golpe; de improviso
puedes dar el asalto antes del alba.
La confusión, la noche, la sorpresa...
Todo, en fin, la victoria te afianza
antes que aqueste engaño se trasluzca.
Pero el tiempo veloz corre, y... ya basta.
Por la postrera vez... elige: o quieres
que este acero...

FERNÁN

Detente, esposa!

SANCHA

Marcha.
Nada escucho.

FERNÁN

¡Mi bien!

SANCHA

Nada.
Pues sea.
Pero ¡ay! ¡cuánta amargura me preparas,
si descargando sobre ti don Sancho,
dulce esposa, en mi ausencia, su venganza,
sólo entro aquí, con el estéril gozo
de vengarte, mi amor. ¡Ay! ¿Quién librara
al rey don Sancho de mi furia? Tiemble,
temble entonces León. Oh tú, que amparas,
gran Dios, a la inocencia desde el cielo;
si siempre presenté sobre tus aras
un corazón cristiano, si en el campo
yo vencí tantas veces por tu causa,
no permitas, Señor, que el ciego enojo
convierta el rey cruel contra la infanta.

Ampárala, gran Dios: yo a tu custodia
la fío y la consagro: por mi patria
corro a verter la sangre, que en defensa
de tu fe, tantas veces derramara.
Si he de encontrarla víctima a mi vuelta,
hiéreme con tu rayo antes que parta.

SANCHA

Ya se acerca el rumor, esposo: huyamos.
No abandonemos la última esperanza.
(Vanse.)

Escena IV

REY, CONDE DE MONZÓN, ALCAIDE.

ALCAIDE

Fuerza es, gran señor, que el conde
aun esté con la condesa,
aunque el salir debe ser,
como mandó vuestra Alteza,
por la entrada que hacia el campo
esconde la oculta puerta,
porque a compasión el pueblo
con su vista no se mueva.

REY

¿Entró alguno a ver al conde?

ALCAIDE

Nadie más que la condesa.

REY

Bien está: cuidado en tanto
que nadie pase las puertas.
Y entrad, y al conde decidle
que un gentil hombre le espera,
quien quiere a solas hablarle,
y esto, añadid, le interesa
a su vida.

ALCAIDE

He de buscarle,
que aunque él aquí estar debiera,

para divertir su enojo
tal vez su estancia pasea,
que es grande la torre; acaso
viendo está por las almenas
los campos tristes que envuelve
la oscura noche en tinieblas,
que en tales cuadros se agradan
los tristes con complacencia,
si a despedir no ha salido
a su esposa hasta la puerta.
Yo, como tú alcaide y siervo,
le he de buscar por toda ella,
y en diciéndole el recado,
que me manda tu grandeza,
volveré a traerte luego
de tu preso la respuesta. (Vase.)

Escena V

REY, CONDE DE MONZÓN.

REY

Yo mismo a la torre vengo,
porque mi madre no advierta
esta visita que acaso
en palacio ver pudiera.
Aquí, depuesta del trono,
conde Monzón, la grandeza,
como simple caballero,
mi antigua amistad intenta
hablar al conde a mis solas;
que mucho creer me cuesta,
sin poderosa ocasión,
la traición que le condena.
Acaso ya arrepentido
de su primitiva idea
me descubra sus intentos,
y acaso, Monzón, aun pueda,
más que le pese a mi madre,
hoy salvarle la cabeza.
¡Oh, si penetrar pudiese
cuanto mi pecho lo anhela!
Rinda nuevo vasallaje
a mi corona y mi alteza,

jure a fe de caballero
hacer con León eterna
alianza, y aun el perdón
de su pasada flaqueza
lograré de su consejo,
que a su castigo me fuerza.

MONZÓN

Eso al influjo se debe,
tal vez, de doña Teresa.
Tan sólo don Nuño Ansúrez
y otros tres, a la clemencia
se inclinan; que a los más grandes
les puede dar la grandeza
del conde enojos, y acaso
con su muerte ellos quisieran
estorbar que en adelante
tanta sombra les hiciera.
Y yo en verdad mucho temo
que contener nadie pueda
a doña Teresa; jura
por las calles y plazuelas,
excitando al pueblo todo
a imitar su saña fiera,
que no ha de salir ninguno,
ni el conde ni la condesa
de aquí, porque su venganza
quiere dejar satisfecha;
y aun más que a Fernán González
maldice a su hermana mesma.
Empero, mirad que alguno
hacia nosotros se llega...
Si no me engaño, el alcaide.

REY

Oigamos lo que contesta.

Escena VI

Dichos, y el ALCAIDE azorado.

ALCAIDE

Gran señor, inútilmente
por toda la torre entera

buscó al conde mi cuidado,
pues que en ella no le encuentra.

REY

¿Qué decís?

ALCAIDE

Pero su esposa
aun no dio a Burgos la vuelta,
y preguntada, responde
con natural extrañeza,
que el conde con ella estaba,
y en la torre estar debiera.

REY

¡Santo cielo! ¿así guardáis
los presos que se os entregan?

ALCAIDE

Señor... yo... si... al mismo punto
se escuchan voces diversas
que en el puente y el rastrillo
y de las murallas fuera,
señal de algún alboroto
son, que vuestra madre intenta;
y en la confusión tan sólo
pude oír por las troneras
a los guardas del alcázar
gritos de ¡venganza! ¡muera!
Y aun, gran rey, si no me engañan
de lejos las apariencias
a entrar aquí se dirige
esa muchedumbre fiera.

REY

¿Qué pensáis, Monzón, de aquesto?
Forzoso es que yo lo inquiera.

ALCAIDE

Mas ¿no escucháis el estruendo?
¿No oís el rumor más cerca?
Corro a estorbar que la turba
entrando hasta aquí os ofenda. (Vase.)

REY

¿Qué hacer, Monzón? Pero ¿qué oigo?

¿Qué ruido, qué alarma es ésta?

TERESA

(Dentro.) ¿Quién me osa negar la entrada?
Villanos, romped las puertas
si insisten los miserables,
por su mal, en defenderlas.

REY

(A Monzón.) Ya, Monzón, el descubrirme
en tan rudo trance es fuerza.

MONZÓN

No expongáis, señor, tu vida;
yo saldré, don Sancho: espera.
A tu lado va, señor,
don Osorio en tu defensa.

Escena VII

Dichos, DOÑA TERESA y los suyos.

Soldados y pueblo de León agolpándose a las puertas; entran varios con teas.

DOÑA TERESA.

¡Venganza, cielos, venganza!
¡Muera Sancha!... ¿El rey? (¡Ah, ciertas
mis sospechas son.)

REY

Teneos.
¿Dónde vais de esta manera?
¿Quién para tal desacato
os dio, señora, licencia?
¿Nada está de vos seguro?
¿Qué ocasión, qué nueva ofensa
para forzar este alcázar
a tan grande exceso os lleva?
¿Donde a un preso de alta clase
se le custodia y encierra?

TERESA

¿Qué es preso ya? ¡Fementido!

¿Yo he de oírlo con paciencia?
Cuando sé que el conde lejos
libre los campos pasea,
vengo, Sancho, y os encuentro
solo aquí con la condesa
disfrazada y...

REY

¿Será cierto?
¡Corrido estoy de vergüenza
y de rabia!

TERESA

No finjáis;
mal el disimulo os sienta.

REY

¿Qué decís, que no os entiendo?
¡Por San Pedro de Cardaña!

TERESA

¿Con que no sabéis que al conde
le visitó la condesa,
para dejarle su traje,
en su lugar quedando ella?
¿Que, ya en el rastrillo, un guardia
le conoció, y resistencia
yendo a hacer, con un puñal
a dos derribó por tierra;
y espantados los demás
de sus bríos y sus fuerzas,
a su nombre que les dijo,
dejan temblando las puertas?
¿Quién, si vos no le amparáis,
a tal acción se atreviera?

REY

¿Yo ampararle que el castigo
le previne?

TERESA

Enhorabuena.
Antes que mañana luzca
de Febo la luz primera,
veréis asaltar, oh rabia!
De León la ciudadela,

por los tercios castellanos,
su caudillo a su cabeza.
Que inútilmente lo siguen
por el campo a rienda suelta
tus soldados, pues lo amparan
su caballo y las tinieblas.
Y esa loca, que ha nacido
mi hermana para mi mengua,
si hoy mediador ha encontrado
para enfrenar mi violencia,
no ha de librarse algún día
de mi venganza. ¡Yo ciega
de cólera estoy! Lo juro
por la sangre que la tierra
bebió de don Sancho Abarca,
mi muerto padre, que muerta
sólo, cadáver, su esposo,
aunque entre en León por fuerza,
la ha de sacar, y lo juro
por esta misma cabeza
que sobre el robusto cuello
para daño suyo alienta.

Escena VIII

Dichos, DOÑA SANCHA.

(Al salir a la escena se quita y arroja la loriga del conde que se supone haberle dejado éste y queda en traje blanco.)

DOÑA SANCHA.

SANCHA

Sí, mujer feroz; ya basta
de fingimientos: sí, aquesta
es doña Sancha, y su triunfo,
sábelo, y su gloria es esa.

REY

¡Oh Dios! ¡Qué traición! ¡Vos... Sancha!

SANCHA

Sí; mañana, aunque hoy yo muera,
vencedor entrará el conde

y vengará sus ofensas.

TERESA

En tanto que en necias pláticas
inútil el tiempo vuela,
acudamos al remedio.
Rey don Sancho, si tú esperas
vilmente ocioso en tu corte
que a quitarte el trono vengan,
mejor por tus intereses (con ironía)
tu madre incesante vela.
(Vase.)

Escena IX

REY, MONZÓN, DOÑA SANCHA.

REY

Conde ilustre, sus miradas,
su acento, todo me aterra:
a las murallas corramos,
a que guarden bien las puertas,
y a evitar los desenfrenos
que ya mi madre fomenta.
Vos, señora, aunque confieso
y admiro vuestra grandeza,
advertid que el rey don Sancho,
aunque burlado se vea,
sabr  defender su trono,
mas que en su defensa vierta
cuanta sangre real de godos
corre hirviendo por sus venas.

SANCHA

Oye, don Sancho: repara
que ya no est  en tus cadenas
el conde Fernán González,
y que de ti pende entera
la suerte que hoy a tus reinos,
y a tu mismo trono espera;
que el que gobierna en Castilla
nunca abusó de su fuerza,
pero si al rigor le obligas,
mañana, don Sancho, tiembla!

ACTO QUINTO

La misma decoración del acto anterior.

Escena I

REY, MONZÓN.

REY

Acaso extraño el partido
os parecerá, Monzón,
que tomo en esta ocasión;
empero está decidido.
Quiero que hoy mismo en los brazos
de su esposo, la condesa
quede, aunque doña Teresa
quisiera apretar sus lazos.
Que es doña Sancha mi tía
y esto a mí me corresponde,
como antes prender al conde
también me correspondía.
No se manche nuestra gloria,
pues dirán que peleamos
con valor, porque gozamos
de ventaja tan notoria.
Aquesta intención aquí
me trae, que a mí me toca
hacer que ella de mi boca
lo venga a entender así.
A vos, Monzón, caballero
el más ilustre de todos,
pues la sangre de los godos
nos enlaza a entrambos, quiero
fiar esta comisión.
Con otros ciento escogidos
caballeros, y vestidos
ricamente, de León
saldréis en noble cortejo;
en una rica hacanea
vaya la condesa, y sea
presto; la elección os dejo
de los que con vos han de ir:

sólo a don Nuño mandé,
supuesto que no os hallé,
diese orden de prevenir
lo necesario, y ahora
que estará lo más dispuesto,
decid qué os parece de esto
que ha de hacerse antes de un hora.

MONZÓN

En nada, señor, pudierais
emplear más bien mi celo;
pluguiera, gran rey, al cielo
que así la paz consiguierais.

REY

No: ¿qué es la paz? No; partid,
empero que no imagine,
aunque a ello mi acción le incline
a mi contrario decid
que en trueco la paz pretendo,
sino que quiero orgulloso
vencerle en lo generoso,
cual caballero cumpliendo.
Decidlo así.

MONZÓN

Gran señor,
está bien.

REY

Que yo a tomar
voy mis armas, y a mandar
la defensa con valor
tan luego como a mi tía
ponga en libertad.

MONZÓN

Forzoso
ha de ser, pues temeroso
nos amanece este día.
Los leoneses débilmente
se defienden; en los muros
se encierran, donde seguros
aun no se creen: al frente
de los suyos, victorioso,
bañado en la sangre nuestra,

y dueño de la palestra
el conde queda orgulloso.

REY

Pues imagino en verdad
que cuando mire amparadas
de las murallas alzadas
que defienden la ciudad
nuestras numerosas haces,
a retirar tocará,
y aunque pienso que no hará
hasta vengarse las paces,
no osará entrar con su gente,
cansada ya, los torreones.
Recogerá sus pendones
y obrará más cautamente.
Mas don Nuño apresurado
llega aquí, torvo el semblante;
¡Si osará el conde arrogante
dar un ataque arriesgado!

Escena II

Dichos, DON NUÑO.

NUÑO

¿Qué hacéis, señor, aun aquí?
Al asalto con furor
se dispone el vencedor.
Nunca más fiero le vi.

REY

¿Y abandonáis, don Nuño, la defensa?

NUÑO

Gran rey, cuando arrimadas mil escalas
al fuerte muro de León, que tiembla,
a ti y a tu corona amenazaban,
logré a los nuestros rehacer: más grande
encuentro, más feroz, señor, Simancas
no le viera en sus campos; pero el conde
vale él solo por mil en las batallas.
Como un coloso inmenso, infatigable
entre la muchedumbre horrorizada

fiero descuella, y filas de soldados
derriba cada golpe de su lanza.
Más terrible a los moros en Clavijo
no apareció Santiago por España.
Yo le miro lidiar, miro a los míos
y se hiela en mi pecho la esperanza.
De repente a los muros un heraldo
llega pidiendo hablar; entonces para
el sangriento combate; un mensajero
Fernán González a tu Alteza manda.
La paz propone, pero quiere al punto
que la condesa de tus hierros salga.
Y puesto, dice, que tan mal su afecto
en tan triste ocasión don Sancho pagas,
el precio pide de su azor mudado
y el caballo alfaraz que en las pasadas
cortes tú le compraste, como el pago
la escritura fijó; y de no, demanda
que exenta su Castilla de tributos,
sólo a su conde y rey le rinda parias,
y no a los reyes de León ni Oviedo,
que no tienen derechos a mandarla.
Esto pide, señor, y si lo niegas
que hasta morir, combatirá, declara,
o que en León no quede demolida
ni piedra sobre piedra.

REY

Doña Sancha
debe luego partir, pues que al efecto
os tengo ya a los dos órdenes dadas.
La suma del azor y del caballo
vosotros me diréis si he de pagarla.
Un año ha trascurrido, ¿cuánto monta?

NUÑO

Mucho ha subido, y a pagar no alcanzan
trescientos mil escudos.

REY

¿Y en tal caso
qué me aconsejas, Nuño?

NUÑO

Por desgracia
ya es tarde: en cuanto supo vuestra madre

que propuestas de paz el conde manda,
al punto envió a decirle que don Sancho
sus pactos y sus paces despreciaba.

REY

Don Nuño, ¿qué decís?

NUÑO

Y ora de nuevo,
más irritado que antes, a las armas
torna feroz. Doña Teresa en tanto
estorba a don Ortuño, ardiendo en rabia
las prevenciones que hace de orden mía
para llevar al conde a doña Sancha.

REY

¿Qué es lo que escucho?

NUÑO

Y furibunda, loca,
más que mujer, guerrero, con la espada
que a un caballero le arrancó ella misma
defiende con los suyos esta entrada.

REY

¡Oh! ¿qué mujer es esta? Don Osorio,
al momento marchad, y con la escuadra
que encargada os está, las prevenciones
andad a proteger para la marcha,
y por Sancha volveos; disculpadme
con ella, si en persona acompañarla
no puedo, que urge el tiempo; y a mi madre
decid vos (A don Nuño.) que don Sancho aquí la llama,
y a las puertas tornad. Antes de mucho
defendiendo sus ínclitas murallas
verá a su rey León; mas ella viene,
desceñida la ropa, ensangrentada...
Id, don Nuño. (Vase éste) (¡Hasta cuándo mi paciencia
fatigarás, oh madre, con tu audacia!

Escena III

REY, DOÑA TERESA.

REY

¿Sois vos la que cuando mando
contradice mis decretos?
¿Quién os dio, doña Teresa,
contra mi poder derechos?
¿Quién os coronó en León?
¿Qué significa ese acero?
¿O son esas, por ventura,
armas de mujeres?

TERESA

¡Cielos!
¿Qué lenguaje, Sancho, es ese?
¿Vos queréis enviar, es cierto,
a su esposo a doña Sancha?
¿Eso es gobernar el reino?
Eso es, hijo fementido...

REY

Poned a la lengua un freno,
que si mi madre sois vos,
ved que yo soy el rey vuestro:
porque tanto os he sufrido,
no imaginéis que consiento
que tengáis, reinando yo,
las riendas vos del gobierno.
Y si no me obedecieseis
de buen grado, allá veremos
si para granjearme un día
vuestro debido respeto
faltan a mi pecho bríos
y en mis dominios conventos.
Que ya al rostro se me asoma
entre los años el vello,
para tomar neciamente
de una mujer los consejos.
o mande yo, o mandad vos,
mirad que no disputemos
el poder, que aunque tuvierais
mayor partido entre el pueblo
que el que tenéis, me parece
que a contrarrestar mi esfuerzo
no fuerais bastante vos.
A la estancia recogeos,
y esperad en el palacio
a que los hombres de esfuerzo

con su espada determinen
la fortuna de los pueblos.
Mejor le sienta la aguja
a la mujer que el acero,
que no se inventó la espada
para los oficios vuestros.
Cesen ya, cesen de darme
enojos vuestros excesos,
que si ora me ata las manos
con sus lazos el respeto,
pudiera ser que algún día
olvidara lo que os debo.
Cuando mejor que don Sancho
sepáis en cualquier torneo
correr cañas, o romper
una lanza con desnudo,
y derribar del arzón
con un bote a un caballero;
cuando a vencer a los moros
aprendáis en mil encuentros,
y a gobernar las naciones
con el prudente consejo,
venid a tomar entonces
la dirección de mis reinos.
Lo juro: entonces, señora,
por la vida que yo tengo,
por el Dios que nos escucha,
que la autoridad os cedo.
Pero en inútiles quejas
instantes preciosos pierdo,
y más la patria merece
y más los leoneses pechos,
que están vertiendo su sangre
en defensa de mi cetro,
que no tan vana querella
y tan loco devaneo.
(Vase.)

Escena IV

DOÑA TERESA.

TERESA

¡Qué afrenta! ¡Que eso escuchase!

¡Corrida estoy! ¡Qué despecho!
Mal imaginas, buen Sancho,
si piensas que te obedezco;
antes que mi hermana salga
has de atravesar mi pecho,
antes yo misma en el suyo
he de esconder este acero.
A estorbar que el de Monzón
pueda conseguir su intento
han de bastarme los míos
que ya alicionados tengo.
¡Hola! (Llamando.) Es fuerza que ante todo
el estado averigüemos
del asalto y...

Escena V

DOÑA TERESA, ALCAIDE.

ALCAIDE
Gran señora...

TERESA
¿Qué es del conde de Monzón?
¿Por doña Sancha no ha vuelto
como el rey dejó mandado?

ALCAIDE
Nadie ha llegado, y me temo
que apretando el cerco el conde
haya dejado ese empeño
inútil ya, a la defensa,
que es más urgente, acudiendo.

TERESA
¿Tan aprisa el conde vence?

ALCAIDE
Es tan grande su denuedo
que es vana la resistencia:
crece por puntos el riesgo,
y aún más, porque en la ciudad
partido en bandos el pueblo,
quien el alcázar defiende,

quien el muro, y quien dispuesto
en favor del conde acude
a abrirle las puertas.

TERESA

¡Cielos!
¿Y que esto mis ojos vean
y triunfe Castilla?

ALCAIDE

Dentro
de las calles ya se han visto
castellanos, los primeros
que valientes se han echado
desde el muro, si bien presto,
por ser pocos, han pagado
su temerario ardimiento.
Mas imitado de muchos
este valeroso ejemplo,
poco tiempo el rey, por más
que le ayuden sus guerreros,
disputará la victoria
a los castellanos fieros
que como leones combaten.

TERESA

No me ha de sobrar el tiempo.
¿Hiciste lo que encargado
te dejé?

ALCAIDE

Señora, ciego
obedecí tus mandatos.

TERESA

En buen hora: vamos presto.
La condesa sale aquí.
Déjala; no tardaremos
en volver. Corre. ¡Insensata!
El conde podrá vencernos;
pero yo sabré, vencida,
morir vengada a lo menos.
(Vase.)

Escena VI

DOÑA SANCHA.

SANCHA

Cesó, gran Dios, el tumulto;
nada oigo; cesó el estruendo.

Ya torna a lucir el día,
y en balde con él espero
que torne también mi esposo
a sacarme de mis hierros.

Quién sabe si en este instante,
víctima de tu desnudo,
por salvarme yaces roto
y despedazado el pecho.

¡Oh bárbara incertidumbre!

¡Oh inexplicable tormento!

Corazón acongojado,
deshazte en llanto sin duelo,
pues para ti sin el conde
no hay en la tierra consuelo.

Ojos que marchar le visteis
y no volveréis a verlo,
pues que el conde ya no vuelve,
lloremos, sin fin, lloremos.

TERESA

(Al paño al alcaide: éste trae en una bandeja coba y daga.)

No hay ya tiempo que perder:
seguidme: este es el momento.

Escena VII

DOÑA SANCHA, DOÑA TERESA, ALCAIDE.

SANCHA

¿Quién se acerca en esta oscura
mansión? Pero ¡oh Dios! ¿qué veo?

TERESA

¡Vive Dios! que mientras más
la miro, más la aborrezco.

SANCHA

¡Qué aparato cruel! ¿Qué es lo que intentas?
¿Qué pretendes de mí? ¡Qué aspecto! ¿Callas?
¿Qué es de mi esposo, dime? ¿Todavía
no es del rey vencedor?

TERESA
¡Mísera!

SANCHA
¡Ay! Habla.
Sí, ya lo veo; tu feroz sonrisa
harto claro me explica su tardanza.
¿Es vencido? ¿Le han muerto? No te acerques.
¿Qué intención?... esa copa... tus miradas...
gran Dios, ampara mi inocencia!

TERESA
¿Tiemblas?
Pronto no temblarás.

SANCHA
¡Oh, qué palabras!

TERESA
¡Ferozes, como yo! Pues que los lazos
nos unen de la sangre y nos hermana,
quiero yo nuestro amor también con sangre
nuestra sellar. ¿Entiendes? Pues ya tardas.

SANCHA
¡Qué horror! ¿Qué es lo que has dicho? ¡Rey Don Sancho!
¡Don Sancho! Nadie me oye...

TERESA
Bien guardadas
por mis gentes estamos. ¡Ea! presto,
si entre viles martirios en la plaza
no quieres a un verdugo dar tu vida:
elige: o el veneno o esa daga.
Aun te doy a elegir.

SANCHA
¡Piedad!

TERESA
En balde

ruegas. Presto ha de ser: elige y calla
para siempre.

SANCHA

¡Morir! ¡Ahora, en los años
en que todo a vivir me convidaba!
¡Ay! yo tiemblo morir... Tente ¡infelice!
(Cae abrazada a sus rodillas.)

TERESA

¿Pretendes que yo misma, desgraciada...?

SANCHA

¡Fernán González! Deja que a mi esposo
pueda en mis brazos estrechar.. Aguarda
siquiera a que le vea... Dime al menos
qué es de él...

TERESA

(Mucho tardamos. Engañarla
quiero, y que expire de dolor.) ¿Pensaste,
necia, que si tu esposo respirara,
y vencernos pudiese, yo a su esposa
matara, exasperándole en su saña?
¿Por dónde imaginó con un puñado
de hombres, de Sancho resistir las armas?
Sin esperar cerrado entre sus muros
a tan débil contrario, la campaña
corrió ardiente en su busca el hijo mío:
presto lo escarmentó. Sola, en la plaza
yo encargada quedé. Juzga tú ahora
si está escrito allá arriba, que a la helada
tumba descieras hoy a reunirte
con tu difunto esposo, que te llama.

SANCHA

¡Cielos!

TERESA

(Mas, ¿qué rumor? Fáltame el tiempo.)

SANCHA

Dame la copa. ¡Por piedad, hermana!
Dámela presto ya..., yo te lo pido...
Toda la apuraré.

TERESA

Toma y acaba.
(Más cerca ya el rumor... ¿será que?) (Se oyen voces)

SANCHA
¿Acaso?

TERESA
No, no te halague un resto de esperanza.
Esos los gritos son de los leoneses
que tornan, y con vivas la pasada
victoria solemnizan.

SANCHA
¡No hay remedio!

(Al decir esto y llegar la copa a sus labios, se oye un gran estruendo y entra el primero Fernán González. Doña Sancha lo ve, deja caer la copa, y huye a refugiarse en los brazos del conde; al mismo tiempo que doña Teresa da varios pasos atrás para coger la daga que tiene el Alcaide y la persigue; pero se echan sobre ella los castellanos de que se llena la escena.)

SANCHA
¡Santo cielo!

TERESA
¿Qué miro?

FERNÁN
(Desde el fondo)
¡Sancha! ¡Sancha!

TERESA
No ha de valerte: muere...

SANCHA
¡Esposo mío!
(Queda en los brazos del conde sin sentido.)

TERESA
¡Oh rabia! No: dejadme... Sin venganza
yo no anhelo vivir. Adiós, esposos
a mi pesar felices! Fueron vanas
mis diligencias todas. ¡Oh! que el cielo
os maldiga a los dos, como en mi rabia
yo os maldigo también: eternamente
mi rencor a las furias os consagra.

Escena VIII

EL CONDE, DOÑA SANCHA, DON GONZALO DÍAZ, CASTELLANOS etc.

SANCHA

(Volviendo en sí.)

¿Eres tú, Fernán González?

¿Tú entre mis brazos, mi dueño?

FERNÁN

Para nunca, Sancha mía,
tornar a soltarme de ellos.

Castellanos, reportaos,
que ya el enemigo es nuestro.

De nuestras invictas armas
ya está León todo lleno,
y hasta el rey don Sancho gime
de mis armas prisionero.

De mi alazán generoso
pues no satisface el precio
y del azor, haga en cambio
dejación de sus derechos
pretendidos a la silla
de Castilla, y sea exento
de hoy más todo castellano
de homenaje a León y Oviedo.

Y pues que yo, por ser justa
mi querella, no pretendo
lo suyo, a nuestros hogares,
castellanos, tornaremos.

Donde con mayores glorias
brillen nuestros altos hechos,
que bien merece Castilla,
patria feliz, que tenemos,
que la hagan dichosa y grande
nuestras virtudes y esfuerzos.

FIN DEL DRAMA